

ga lo que quiera el poco simpático historiador de sus desgracias [a]

Baca... Lanzados por la borrasca en una de las costas inhospitalarias de la Florida, cada uno, cual otro *Ulises* encerrado en la caverna de *Polifemo*, no tenía más privilegio que el de ser devorado el último. "Allende de esto, dice el narrador. *Pantoja*, que por "teniente había quedado, les hacía mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir *Soto-Mayor*... se "revolvió con él, y le dió un palo, de que *Pantoja* "quedó muerto, y así se fueron acabando, y los que "morían, los otros hacían *tasajos*, y el último que "murió fué *Soto-Mayor*, y *Esquivel* lo hizo *tasajos*, "y comiendo del, se mantuvo hasta primero de *Marzo* &c." (Naufragios de *Alvar Núñez Cabeza de Baca* &c., cap. 17, al fin, en *Barcia*, vol. I.) Aunque este cuadro ya sea sobradamente melancólico, debo añadir, que los naufragos estaban en un bosque donde abundaban la leña, el agua, las yerbas y raíces, y que no carecían de cangrejos ni de mariscos. Diré, en fin, que todo aquel territorio estaba poblado de tribus salvajes, que sin embargo no comían carne humana.

(a) En este y otros pasajes semejantes ha dado el señor *Prescott* muestras inequívocas de que no es crítico enteramente inexorable, y de que ha cursado con singular aprovechamiento cierta escuela casuística, que permite seguir la menos probable contra la más probable. Desde la pág. 252 (vol. 2) comienza á disponer la mente del lector, para que pase sin dificultad, como aun yo mismo pasé, la siguiente aserción que estampa á la pág. 257. *Los escritores españoles dicen en honor de los sitiados, que ni en la última extremidad violaron las leyes de la naturaleza, comiéndose los unos á los otros; pero desgraciadamente consta lo contrario por la autoridad de los mismos indios, quienes aseguran hubo muchas madres que en su agonía devoraban á unos hijos, cuya existencia no*

Hasta aquí hemos podido seguir la historia de las dos ramas principales del *antropofagismo* con la ventaja de llevar paralela la de los hechos con sus causas; y aunque este recurso falta cuando se penetra en las nebulosidades de la antigüedad, no

podían prolongar por mucho tiempo. Así lo dice efectivamente el *P. Sahagún*, en el lugar que se cita; mas ha podido acaso el señor *Prescott* preferir, en buena crítica histórica y en buena lógica judicial, preferir, digo, la deposición de un testigo de oídas á las de los presenciales!... En la nota anterior dejo copiadas las contrarias de *B. Diaz*, *Gomara* y *Herrera*, con las indicaciones respectivas que hacen altamente respetables sus atestaciones; y si alguno dijere, con aquella locución hiperbólica del común de los jurisconsultos, que en buena jurisprudencia, el testimonio de uno que afirma merece más fé que el de mil que niegan; yo le recordaré con la misma, que este axioma no rige cuando habiendo dado el testigo, lo que se llama *razón de su dicho*, éste resulta desmentido por una prueba contraria, pues entonces el contra-testimonio emergente de ella, no sólo afirma ó consolida la *prueba negativa*, sino que la convierte en *afirmativa*, sin que sea ya permitido presumir lo contrario, conforme la regla contenida en el proloquio legal: *Factum non præsuntur nisi probetur*. Esto se verifica cumplidamente en la autoridad que copia el señor *Prescott* del *P. Sahagún*, quien para probar que en efecto las madres se habían comido á sus hijos, observa, como dando razón de su dicho, que de los niños no quedó nadie, porque los mismos padres y madres los comían.

Esta aserción es de todo punto inconciliable, ya no diré con las relaciones de *Gomara*, de *Irtitlxochitl*

por eso deja de presentarse aquel como un *hecho general*, pues la historia lo da por universalmente establecido entre todos los pueblos del antiguo hemisferio. Además de los ejemplos producidos, y sin tomar en cuenta el semillero de antropófagos que

ni de *Herrera*; no con la del mismo *P. Sahagún*, que en el cap. 41, menciona las órdenes dadas por *Cortés*, prohibiendo hacer esclavos á los niños y niñas que en pelotones, con sus padres, abandonaban la desolada ciudad; no con la del mismo Sr. *Prescott*, que á la pág. 171 los hace figurar en aquella escena luctuosa, sino con la de dos testigos presenciales é intachables, que vieron desfilar á su vista esos huérfanos desventurados. El conquistador dice en una parte de su citada carta (§ 38 pág. 290), que el día siguiente del en que asentaron el trabuco que según su cuenta debió ser el 7 de Agosto, hallaron *las calles por donde iban, llenas de mujeres y niños: de ellos habla también, al memorar la espantosa matanza del día 11 (§ 40, pág. 296), en que era tanta la grito y lloro de los niños y mujeres que no había persona á quien no quebrantaren el corazón: últimamente, el mismo día 13 en que se rindió la ciudad, no obstante los muchos que en los anteriores habían perecido ahogados ó degollados, todavía dice á la pág. 298:—“y no hacían sino salirse infinito número de hombres mujeres y niños hacia nosotros.”* El capitán *B. Díaz*, concordando en todo con su general, dice (cap. 156): “que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos llenos de bote en bote, &.” y Don Fernando *Ixtlilxochitl*, que hace el cálculo de la mortandad, observa que, como era muy natural, “apenas quedaron vivos algunos señores y caballeros y los más niños y de poca edad.” (*Venida de*

los poetas antiguos y los mitólogos sitúan en el corazón de la Europa, sabemos por *Plinio* y por *Pomponio Mela* (81), que lo eran esas numerosas tribus conocidas bajo la denominación genérica de *Escitas*: lo mismo dice *Estrabón* (82) de los *Irlandeses*, como testigo de vista lo afirma *San Gerónimo* (83) de los *Escoceses* y *Diodoro de Sicilia* (84) confirmando estas noticias, aumenta el catálogo con las numerosas tribus de los *Celtas*. *Voltaire* cita un pasaje de *Marco Polo*, que decía ser un privile-

españoles, M. S., publicada por el señor *Bustamante* bajo el título de *Horribles crueldades &c.*, al fin de la *Hist. Gen. del P. Sahagún*, pág. 51). Aun cuando estas pruebas directas no bastaran para destruir el testimonio que se les opone y su razón fundamental, la crítica y la lógica encontrarán siempre concluyente, para el intento, el argumento *ad hominem* que forma el cronista *Herrera*. adoptando los principios mismos del señor *Prescott*; conviene á saber, que “si para los mexicanos hubiera sido indiferente comer la carne de los suyos ó la de sus enemigos, “no habrían así muerto de hambre durante el asedio.” Yo no alcanzo lo que pueda oponerse á esta razón toral, ni menos concibo que las madres se comieran sus hijos, teniendo tan inmensa cosecha de un artículo que se supone de ordinario consumo. (81) *Plin. Hist. natur. VI, 17.—Mela, de Sitn Orbis, II, 1.*

(82) *Geograph. lib. IV, pág. 139.*

(83) *Cit. por Torquemada, lib. XIV, c. 26.*

(84) *Hist. univers. V, 21.*

gio de los magos y sacerdotes *tártaros* comer los ajusticiados, y *Sir Stamford Raffles* refiere un hecho semejante, de muy reciente data y del más singular carácter, que observó entre los *Battas* (a), pueblo de *Sumattra*, donde la civilización ha hecho grandes progresos, pues no solamente han adoptado para su gobierno las formas constitucionales, sino que también tienen establecimientos de instrucción pública y una gran parte de la población sabe leer y escribir.

Para dar punto á este artículo y comple-

(a) Por la relación de este viajero parece que el canibalismo forma allí una parte esencial, y bien pudiera decirse que la basa del castigo impuesto á la seducción y al adulterio. Hé aquí lo que refiere como testigo de vista: “Conducido el seductor al lugar de la ejecución, el ministro de la justicia, armado de un gran cuchillo y acompañado de un ministril que llevaba una salsera con salsa hecha de limón, pimienta y sal, se adelantó hacia el esposo ofendido, preguntándole cuál bocado prefería. El quejoso señaló la oreja derecha, que cayó inmediatamente de una tajada, y que el marido devoró después de haberla empapado en la salsa. Los concurrentes se precipitaron luego sobre el ajusticiado, cortando cada cual el bocado más de su gusto; y cuando le habían desgarrado una parte del cuerpo, uno de los circunstantes le hundió su puñal en el corazón; no por compasión, pues ésta es desusada, sino en consideración á la presencia de dos extranjeros.” [*Encyclopedie des gens du monde &c.*, art. *Adultere.*]

tar la prueba relativa á la universalidad del *antropofagismo*, diré con el sabio *Virey*, que ha examinado la materia como historiador, como filósofo, y como fisiólogo: “Las naciones hoy más cultas fueron antiguamente *antropófagas*: *Pelloutier* lo afirma de todos los *Celtas* (*Hist. des celtas*, t. I, p. 235-242.) y *Cluver* de los *Alemanes* (German, antiq.). Infírese por las capitulares de *Carlo Magno* (Edic. d’ *Heinec.*, p. 382), que este crimen debía de ser bastante común, puesto que aquel grande monarca tuvo necesidad de imponer penas para reprimirlo. En la guerra que los *Tártaros* hicieron á los *Rusos* el año de 1740, se les vió chupar la sangre á los muertos. *Todos los europeos* descenden originariamente de una raza *antropófaga*. Un antiguo escoliasta de *Pindaro* lo afirma de los pueblos de la *Atica*, en épocas remotas, y *Pausanias* lo asegura de los antiguos griegos, que con el discurso del tiempo llegaron á formar la nación más culta é ilustrada del universo.” El escritor citado, que prosigue haciendo una larga y minuciosa enumeración de otros muchos pueblos de ambos

continentes, para probar que *nada tiene absolutamente de nuevo ni de extraño que el hombre haga devorado á su semejante*, la cierra exclamando: NOSOTROS, PUES, SOMOS DESCENDIENTES DE ANTROPOFAGOS (85).

Aunque pudiera llevar todavía más lejos mis elucidaciones (a), renuncio á sus auxi-

[85] Nouveau diction. d'hist. natur., art. *Antropophage*. París, 1816.

(a) Este punto se ha debatido bajo todos sus aspectos y relaciones. Algunos sostienen que la aversión que hoy sentimos á comer carne humana, nos es *congénita* y de aquí deducen que el *antropofagismo* es contra-natural é inmoral. Otros adelantaron la idea hasta encontrar cierta especie de antipatía ú oposición entre aquel gusto y nuestra constitución orgánica. Yo me he abstenido intencionalmente de tratar la cuestión en aquel terreno, ateniéndome á los solos hechos y á las causas que inmediatamente parecían determinarlos, pues no necesitaba otra cosa para mi intento. Por lo demás encuentro que *Mr. Debret* defiende, en el artículo respectivo de la enciclopedia de *Curtin* que la antropofagia es un *gusto natural*, cuya aseerción deduce de los hechos mismos que yo he producido, de otros más que refiere, y sobre todo, de los descubrimientos que dice se han hecho en la anatomía, tal cual hoy se estudia. Partiendo de éstos asienta ser cosa reconocida, que la organización de las especies es la que determina los apetitos, é impele á esas especies á sustentarse con tal ó cual género de alimento; y que como el hombre, por la disposición de sus vías digestivas, es un animal carnívoro, cualquiera especie de carne debe serle indiferente, sin que en ninguna de ellas tropiece con una repugnancia que pueda llamarse *natural*.

lios, considerando que lo expuesto es suficiente y aun sobrado para convencer, que si no es positivamente errónea, es por lo menos del todo infundada la opinión del señor *Prescott*, tanto con respecto á la influencia que atribuye á los sacrificios humanos y al antropofagismo, en el atraso de la cultura intelectual y moral, como en la otra parte de su sistema, que sólo hace compatibles tales prácticas con una naturaleza degenerada ó corrompida. Esta inducción es insostenible ante el tribunal de la historia, ó bien prueba tanto que nada prueba; pues ya se ha visto que todos los pueblos del mundo han descaminádose por esta vereda é incurrido en ese mismo crimen, ó llámesele como se quiera, que tan duramente se echa en cara á los mexicanos sin que su descamino haya sido obstáculo para elevarse al más alto grado de civilización y de cultura.

Con los mismos datos se podrá también contestar la imputación caprichosa de inmoralidad que algunos pretenden hacer inseparable del antropofagismo; mas para que no se diga que produzco inferencias por razones, responderé con hechos, toma-

dos, no de pueblos cultos, sino de bárbaros y aun salvajes. Muchos de los historiadores que nos han conservado la memoria de esos comedores de carne, cuyas costumbres he descrito, elogian su moralidad, y *Herodoto*⁸⁶ hace especial mención de esos terribles *Issedones* (86), que se comían á sus padres difuntos, y que sin embargo, gozaban una alta reputación de justos; manifestándose también de carácter blando y suave, pues se dice que entre ellos las mujeres gozaban de igual autoridad que los hombres. Los españoles que á fines del siglo pasado visitaron las costas de California, en reconocimiento del estrecho de *Fuca* se desatan en alabanzas del carácter moral, hospitalario y justiciero de *Macuina*, jefe de *Nutka* que no tuvo empachó en confesar su predilección por la carne humana (87). *Lery*, que vivió algún tiempo entre los indios del Brasil, atribuye las mismas buenas calidades á la mayor parte de sus tribus, distin-

86. *Herod.* IV, 26, con la versión de *Larcher* y de *Miot*.—Parece ser el mismo pueblo de que habla *Pamponio Mela* con el nombre de *Essedones*, y cuyas prácticas dejo descritas en la nota 44.

87. Relación del viaje de las goletas *Sutil* y *Mexicana* & en el año de 1792, cap. 3, 4 y 17.

guiéndose sobre todo por su hospitalidad y por su afición á los extranjeros, aunque desgraciadamente empañaban estas virtudes con prácticas crueles y feroces, llevando sus gustos antropófagos hasta el punto de mirar con desvío y con desconfianza al huésped que rehusaba comer carne humana. A pesar de esto, el viajero había penetrado tan íntimamente su carácter moral, que discurriendo consigo mismo, se pregunta, si no obstante esas muestras lisonjeras de rectitud y de bondad, se podía contemplar seguro entre unos bárbaros, cuya crueldad le era conocida por otras pruebas, y responde:—“*lejos de temer por mi vida, dormía entre ellos en profundo sueño; pues aunque en efecto aborrecen, matan y se comen á sus enemigos, también bien profesan un extremado afecto á sus aliados y amigos, por los cuales se dejarían hacer mil pedazos antes que permitir ó tolerar se les hiciera ningun daño ó causara algun disgusto. En fin, añade el viajero, creo que con razon, mas seguro me consideraba yo entonces entre los antropófagos del Brasil, que no lo estaria en Francia, donde las diferencias de religion*

“parecían autorizar la perfidia y el asesinato.” [88]

Después de estos ejemplos, tomados, como he dicho, de pueblos semi-salvajes, en los cuales las ideas de moralidad son más escasas, confusas y groseras, me parece que bien puedo producir, como confirmación, los innumerables y bien autenticados que ofrece la historia de los nuestros, bastante civilizados y cultos, cuya moralidad y bondad de carácter se conservaron en medio de sus gustos antropófagos; y quizás más puras y más universales que lo que entonces lo eran entre los pueblos europeos. Siendo, pues, éste un hecho de los mejor establecidos y probados, él nos autoriza para concluir, que ó todas las historias mienten, ó que el antropofagismo no es incompatible con la cultura intelectual y moral.

¿Mas cómo, dirá alguno, se podrá entonces explicar por las causas naturales, esa evidente oblicuidad de ideas y de sensaciones, que hasta cierto punto degradan la inteligencia y pueden poner en peligro la moral? Nada es más fácil. Ese que

88. Hist. des voyages, etc., vol. LIV, pág. 292.

unos llaman vicio y otros crimen, dado caso que lo hubiera, no lo fué de una tribu, ni de un pueblo, sino de su siglo; y ésta es la razón en que se funda el sabio Virrey, para decir: —“que no ha habido nación alguna sobre la haz de la tierra que no haya sido antropófaga, porque todas han pasado sucesivamente del estado salvaje al de barbarie, en el cual la antropofagia ES COMO ENDEMICA.” Partiendo en seguida de este dato, concluye con una observación que, salvos sus fundamentos, viene á formar precisamente el tema principal de esta nota, y que reproduciré como su confirmación: “El antropofagismo, dice, es ya el síntoma de un principio de civilización, puesto que él indica un estado de guerra nacional, y el establecimiento del derecho de represalias, mientras que el hombre en el estado natural es solitario, salvaje y tímido, como el bruto en los bosques.” ¿Cuánto más poderosa y aun irresistible no es la fuerza de esta observación, al meditar que esos sacrificios humanos que nos espantan, y ese antropofagismo que nos aterra, fueron el vallado profundo que separó al hombre inteligente

del hombre bruto!.....; Cuánto más al contemplar que esas prácticas feroces y absurdas fueron el signo sensible bajo que se manifestaron los dichos esfuerzos de la inteligencia, que había alcanzado la existencia de un SER SUPREMO castigador y remunerador; que descubría la existencia de otra vida después de la muerte; que ponía la piedra angular de todos los cultos [a], y en fin, que sembraba el primer germen reconocido como asiento de las más insignes virtudes cristianas!.... Tales aparecen esas prácticas, cuando remontándose á la cuna del hombre, se examinan á la suave luz de una imparcial filosofía; y si todavía alguno de los tantos filósofos sentimentales que hoy anublan las letras divinas y las humanas, se sienten horripilar á la sola idea de los sacrificios humanos y de su ordinario acompañante el *antropofagismo*, me dispensará le diga, con el escritor elocuente y piadoso tantas veces citado en el curso de esta nota (89), que—su ho-

(a) En latin *cultus*, derivado del verbo *colo*, que entre otras acepciones tiene las de *amar*, *honrar*, *respetar*, *reverenciar* y *adorar*.

89 El conde Maistre. *Esclar.* c. 2, p. 195.

rror nace de que sin duda ignora que el abuso de los sacrificios, por enorme que sea, es nada en comparación de la impiedad absoluta.

NOTA TERCERA.

ARITMETICA MEXICANA.

CAP. IV, pág. 76.—Inventaron un sistema aritmético muy sencillo: los primeros veinte números están expresados *por otras tantas cifras, &c*

El traductor ha vertido aquí la palabra inglesa, *dot*, por *cifra*; y aunque esta versión no pueda considerarse impropia en una traducción libre como la presente, pues que aun ayuda á dar mayor claridad al pensamiento; sin embargo, como en esta vez la palabra *cifra*, por la significación que tiene en nuestra habla común, podría dar lu-